

Claudia Gomis Pomares

1.

Cuántas veces habrán visto cantar estas cuatro paredes,
A la hora de la suerte,
entre el paso de los años
y los últimos deseos.

Abrazos que marcaron destinos de promesas no cumplidas,
Sin saberlo.

Donde las horas se escapan, pero algo permanece.
Los llantos, las voces y las miradas fugaces.
Los recuerdos de los que se cruzaron,
y de los que se anclaron en el tiempo.

Me encuentro,
intentando aferrarme a lo que fue,
mientras,
la habitación sigue guardando en silencio,
las historias de todos y de nadie.

2.

Que no callen la pasión
ni me obliguen a domar la ansia.
La conciencia se pierde en el vacío
cuando el espíritu grita su propio nombre.

No quiero la quietud ni la calma,
ni el método de anulamiento.
Prefiero el caos, el desbordamiento,
la necesidad de vivir sin medida.

Una curva imprevista de deseos
y la fiebre del instante.

Deleuze lo dijo ya una vez:

“La pasión no es un obstáculo para el pensamiento, sino su verdadera fuente de vida.”

Así que que arda el alma,
que resuene el arte,
que la visceralidad conduzca un Porsche 5050.

Porque vivir es entregarse,
cediendo a los impulsos.

3.

Quiero escribir mil poemas,
Como quien dibuja un contorno de un café a la tarde,
Donde se habla de lo que no se dice
y todo se entiende en susurros.

En la quietud de la madrugada,
leer las páginas del día,
sin prisa,
sin esperar que el sol llegue a tocar
lo que aún no entendemos.

Quiero escribirte mil poemas,
y que el último nunca acabe.

4.

Un paseo bajo el sol,
cuando el aire no es urgente,
la risa de un extraño que se fusiona con el sonido del mar.

Una pareja que se da la mano
como un acto natural,
sin palabras, sin preguntas,
solo el gesto.

Las páginas de un libro que se pasan lentamente,
como si el tiempo entendiera que no siempre hay que correr.

Y, a lo lejos,
una cerveza se vacía mientras el mundo sigue girando.

Una mirada,
la quietud de lo cotidiano
que es,
en realidad,
todo.

5.

Y tan solo me quedan las ganas de llorar,
un vacío que no tiene forma,
La contención que no se abraza,
ni se convierte en acción.

Porque ser capaz de ilusionarme tan rápido,
es un juego que se tuerce,
Como los pensamientos de las historias de amor no vividas.

Así,
en la cama,
el dilema se hace claro:
¿entregarse al todo,
o retener el dolor,
como una lágrima que no se forma?

6.

Si te enamoras de mí,
habrá mañanas donde el café se enfría en la mesa,
y yo, distraída,
lo olvido mientras miro por la ventana.

Si te enamoras de mi,
Habrá tardes de libros olvidados sobre la mesa,
y tú sentado frente a mí,
sin saber qué decir,
pero mirándome como si todo pudiera ser dicho con una sola mirada.

Si te enamoras de mi,
Habrá momentos,
donde me verás atrapada entre mis pensamientos
y tú, al otro lado,
ajeno a la tormenta interna,
te preguntarás si algún día te lo llegaré a decir.

Si te enamoras de mí,
habrá noches donde el miedo nos acunará,
y el viento golpeará las ventanas,

voces suaves,
algunas discusiones tontas,
y luego la paz de encontrarnos en la misma cama.

Y si te enamoras de mí,
compartiremos esas películas
que hablamos de ver
y nunca terminamos
sin prisa,
como si no existiera el tiempo
y nosotros fuéramos una historia sin fin.

7.

Soy de las que miran el agua hervir,
de las que sostienen la taza
con ambas manos como si ahí encontraran refugio.

De las que guardan entradas de cine en libros
y escriben mensajes que nunca envían.

Soy de abrir ventanas y mirar la calle,
preguntándome si ahí fuera está la respuesta.

Soy del ruido de los coches al pasar,
de las listas de compras olvidadas en la cocina,
de los charcos que esquivo y los que piso,
porque no importa mojarse si es por un impulso.

Soy de cruzar calles mientras pienso en lo que diría
y en lo que no me atrevo a decir.

Soy de un “vamos viendo”
que en realidad grita “quédate un rato más”.

Soy de caminar despacio por el supermercado,
de elegir la fruta con cuidado
como si fuera la decisión más importante del día.

8.

Trazo con pincel suave,
intentando no arruinar lo que ya está roto.
Empiezo con un fondo vacío,
un gris desvaído.

Hay una niña pequeña en el centro,
sus ojos miran hacia arriba,
esperando algo que no llega.

La llamo "yo", aunque no sé si me pertenece.
Cada pincelada intenta narrar,
pero entre los detalles se filtra tu sombra,
pinto tu gestos, sin querer,
mezclando tu silencio con el gris del fondo.

Es absurdo, pero inevitable:
cada curva del pincel intenta capturarte,
como si al hacerlo pudiera entender
por qué me obsesiono con lo que no tengo.

Lo pinto sin pensar,
recordando noches en las que el teléfono no sonó.

Hay un jarrón,
vacío,
lo intento rellenar con colores brillantes:
dorados, verdes, azules.
Pero nada se queda,
como las respuestas que nunca terminan de llegar.

Al final, dejo el pincel y me detengo.
Es un cuadro inacabado.

Miro a la niña pintada en el centro,
y por un instante,
creo que también ella espera
que alguien le diga:
me quedo, no te preocupes.

Pero el cuadro no responde.
Y yo, mientras tanto,
solo sigo pintando.

9.

Fui a lo alto de la montaña,
donde el frío mordía la piel y la niebla
enredaba el aire,

Y ahí entre el silencio,
tu imagen, graciosa,
colándose en los pliegues del recuerdo.

En ese instante,
una fuerza me tentó a gritar
a los cuatro vientos
las ganas que tenía de besarte,
de sentir el vértigo del deseo,
sin excusas, sin pausas.

Esas mismas que contuve
entre miradas furtivas,
cuando el mundo nos pidió esperar.
Y aquí estoy, ahora,
ante estas vistas que se derraman como un sueño,

Pero no es el paisaje lo que veo,
es el fuego que no apagamos,
el riesgo de saltar,
y el impulso que guardo
solo porque aún no podemos quemarnos.

10.

y se responde.

Estoy cansada,

De rehuir la inercia del silencio,

De ajustar mi voz al volumen correcto para no desentonar.

De esperar un mensaje

y hacer de la espera un refugio incomodo,

como quien vigila el cielo,

por si acaso llueve.

Temor al temblor del pulso,

a lo impetuoso, lo feroz, lo que arde

sin permiso ni cálculo.

A la espera inmóvil en la que aprendo

a medir palabras como quien sopesa

el grano antes de molerlo.

Pero qué más da—

si la bandeja sigue ciega,

si el mensaje nunca llega,

si al fin y al cabo

soy yo quien se dicta

11.

Si es predecible, es otra cosa.

No la simetría de los cuentos bien trazados
ni la lógica impecable de los contratos.

Es el margen torcido de una nota escrita de prisa,
el eco de una pregunta sin respuesta,
que deja el aire enrarecido.

Nada en esto es exacto.

Ocurre como la lluvia que llega antes de lo previsto,
como una canción que suena en el momento equivocado
y, sin embargo, es perfecta.

No es un camino recto,
sino el enredo de calles que llevan a ningún lado,
el impulso que contradice la razón,
la certeza de que todo es inestable
y aun así, quedarse.

"Romanticismo caótico"

12.

Veo una pareja sentada junto al mar,
el sol ilumina sus rostros,
como si nunca se hubiera pensado
en lo que podría pasar.

Todo parece fácil ,
como si no hiciera falta decir nada
porque todo es claro entre ellos.

Y me pregunto,
si alguna vez,
tú también verías lo que veo.

Como cuando el aire se siente más ligero cuando estamos en la misma habitación.

Pero entonces, me asaltan las dudas:
¿Es solo el deseo?
¿O hay algo más que no sé cómo nombrar?
¿Qué pasa si te lo pregunto y no encuentro
las palabras que quiero escuchar?

El mar no da respuestas,

no responde a lo que no se pregunta,
y yo, aquí,
pensando en lo que podría ser.

13

Hay días en que te veo venir,
rápido, decidido,
con la urgencia de quien recuerda algo importante a última hora.

Otros, sin embargo,
es como si no hubieras pasado nunca,
como un sitio vacío en la mesa.

Mientras, la espera hace su trabajo.
Se sienta en la escalera,
se acomoda donde puede.

El teléfono calla y las noches se van quedando sin respuesta.
La duda,
que no pide permiso,
parece haber encontrado tu casa.

Y yo, tan solo espero,
que esa palabra,
la que dijiste,
no sea solo una moneda lanzada al aire.

14.

No son puñaladas,
sino incisiones meticulosas,
hechas por manos que
no titubean la precisión
de quien conoce
el mapa de mis costillas.

Las nubes, tercas, cubren el cielo,
pero sé que el sol, paciente, aún existe.

El duelo vendrá,
serán un par de días
y varias noches
no tantas como las de Sabina,
pero suficientes.

Ya he vendido mi casa demasiadas veces,
olvidando las puertas,
ahora, aprieto las llaves en la boca,
no por justicia,
sino por repetición,

como un poema
que finalmente aprende
su propio final.

15.

Me acerqué de nuevo,
no por voluntad,
sino porque la vida,
caprichosa,
encuentra muchas veces el contexto.

No hubo rencor,
ni esa rabia que a veces nos enseñan a esperar.

Sólo una ternura leve,
como el gesto de quien fue niño demasiado tiempo.
Quizá el silencio fue tuyo mió.
Sólo se sentó entre nosotros como un gato viejo,
que nadie quiso mover.

Tal vez el vacío vuelva,
y las ganas se apaguen,
como el tic-tac de un reloj detenido
en medio de una conversación pendiente.

16.

El deseo de lo prohibido,
de lo que ardió en la sombra
y nunca tuvo nombre
oculto tras miradas que nunca existieron.

Bajo la piel, tus manos se hundían,
lentas, feroces,
siguiendo la cadencia de un delirio compartido,
mientras el mundo giraba ajeno,
y solo Bobby Vinton nos susurraba al oído.

17.

Aún te pienso en ráfagas,
sin orden,
como un eco mal atado a la memoria.
Intento darle forma a lo informe,
a la contradicción de lo dicho y lo hecho.

No vuelvo a esa calle,
pero ella regresa a mí,
en sueños,
en esquinas improbables,
con la persistencia de lo que no importa hasta que importa.

Si hubieras querido hablar,
si hubieras puesto en mi puerta otra frase de humo,
¿la habría recogido?

Tal vez.

Pero habría aprendido,
al fin,
a soltarla antes de que se apagara sola

18.

Aquí, en el balcón,
el café todavía humea en la taza
y el mundo sigue su ritmo distante,
semejante a la luz parpadeante
de un teléfono que me mira desde la mesa.

El aire, fresco, acaricia el rostro,
pero el calor del café sigue conmigo,
aunque sé que, tarde o temprano,
se enfriará, como todo lo que dejo de lado.

Pienso en las horas que se escurren
las que paso esperando algo,
un mensaje que no llega,
un gesto que nunca llega a ser.

El café se enfría mientras el sol baja
y la gente va.

Tal vez es el modo en que el mundo ahora respira,
en fragmentos breves, en likes dispersos,

en las palabras que nunca llegan a decirse,

Y yo sigo aquí,
en este espacio entre paredes y cielo,
con la taza entre mis manos,
eligiendo la lentitud de este momento,
aunque lo fugaz sea más fácil.

El café sigue perdiendo su calor,
pero yo sigo bebiéndolo
como si lo único que me importara
fuera lo que se queda,
aunque el mundo parezca buscar
lo que se desvanece.

19.

Hay cuerpos que se intuyen
como la noche antes de una tormenta:
el aire huele distinto,
el pecho se tensa,
y aún así,
te quedas a esperar el rayo.

No me hablas de deseo,
pero cada palabra tuya
lleva el pulso de quien sabe.

Y yo,
que colecciono señales,
ya he leído tu silencio
como se lee un roce
en mitad de la espalda

Hay venenos
que saben a una buena boca.
Y hay un vértigo dulce
en saber

que podría lamerte
como quien rompe algo sagrado.

No sé si eres peligro
o sólo una promesa mal dicha.

Pero la idea de tenerte
me aprieta la carne
como si ya fueras parte de ella.

Una historiade besos no dados
y ojos que ya han imaginado el resto del cuerpo.

20.

Me da cierto miedo llegar con todo lo que soy.

A veces me dejo a medias,
como quien teme ocupar demasiado espacio en una habitación que aún no conoce
bien.

Por eso me expongo solo al sol.
Sus cicatrices son discretas,
calientan justo en el instante de la herida.

Y aunque luego escuecen,
no duelen para siempre.

21.

Te pienso.

Pero no como se piensa al pasar,
sino como quien recuerda un sueño que aún no ha vivido.

Te pienso como el cuerpo que presiente el roce antes del tacto,
ya sabes,
como algo que habita en silencio aunque aún no esté.
Y aunque hay días en los que no llegas,
igual te espero, como quien no sabe dónde va,
pero va.

Y yo,
que aprendía no esperar demasiado,
me descubro imaginándola forma que tendría tu silencio si estuviéramos cerca.

No sé si esto es un comienzo,
o sólo un temblor bonito en el camino.
De momento, sólo sé que tengo ganas.
De ti.
De vernos.

De saber si el cuerpo confirmarlo que la voz apenas insinúa.
Y es que en realidad,
te pienso más de lo que digo.

22.

Y si hablásemos
con cada uno de los que cruzan
nuestro camino?

El hombre que roza mi chaqueta
sin querer,
la mujer que esquiva mi paso
con la prisa en la mirada.

Si, en lugar de bajar la mirada,
nos lanzásemos una palabra,
como quien lanza una piedra al agua
y ve crecer los círculos.

¿Qué harás tú aquí,
en esta calle húmeda,
con las manos enterradas en los bolsillos?

¿Qué haré yo,
sino imaginar vidas enteras
en cada paso que se pierde?

Tal vez —solo tal vez—,
si las ganas vencieran a la vergüenza,
seríamos capaces de tocar algo
más hondo,
más humano.

23.

Hoy volví a olvidar la ropa en el tendedero.

Se quedó oliendo a sombra,
como si también ella necesitara
más tiempo para secarse.

En otra vida,
tal vez fui artista.

No sé si pintora, música
o alguien que escribía versos en mármol
como quien deja notas en la puerta del frigorífico.

No estoy segura
de si reconocieron mi intensidad entonces.

Tampoco ahora.

Se disimula bien cuando hace falta:
en el saludo breve,
en la sonrisa de pasillo,
en el “todo bien” que se dice sin pensarlo.

Y sin embargo, ahí está:
esa emoción que no cabe
en el cuerpo a veces,
como una camisa mal doblada

en el cajón de siempre.

Maduré pronto.

Mientras otros aprendían a correr,
yo ya buscaba respuestas en las pausas.

Miraba por la ventana
y me preguntaba por qué el mundo parecía tan seguro de sí mismo
cuando a mí me parecía
hecho de dudas.

Ahora escribo en libretas
que a veces terminan manchadas de café,
entre listas de cosas por hacer
y frases que nadie me pidió.
Tal vez ese sea mi modo
de seguir respirando.

No todos pueden seguir este ritmo,
lo sé.

Ni falta que hace.
Ya entendí que hay soledades
que no son castigo,
sino espacio.

24.

Simone Weil escribió:

"la atención, absolutamente pura, es oración."

Y a veces,
eso es todo lo que hago:
pongo atención.

A cómo cae la luz,
al olor de una mandarina recién pelada,
a mi propia voz
cuando me acuerdo
de quién era
antes de que el mundo me explicara
cómo debía hablar.

Quizás, después de todo,
esto que he llamado vacío
sea otra forma de estar llena.

No de cosas,
sino de posibilidad.

25.

No sé en qué momento exacto empezó a gustarme.
Pero el cuerpo lo sabe antes que yo.
Se pone a la defensiva.

Y en cuanto lo supe, no me alegré. Me dio miedo.

Una especie de nudo en el pecho,
como si algo dentro se preparara para defenderse.

Y entonces me vino esa pregunta,
una que no sé responder del todo:
¿qué es más difícil?
¿No saber recibir cariño, o no saber darlo?

A veces creo que estoy en medio.
Como un punto muerto.
Algo en mí se arruga,
se pliega hacia adentro,
como si tocarme fuera abrir una herida vieja
que nunca llegó a sangrar del todo

Y no sé si es que no lo aprendí,
o si me enseñaron mal.

El afecto siempre me llegó con condiciones,
como un premio que no terminaba de merecer.

Así que ahora me cuesta.
Me cuesta no anticipar el golpe.

Quizás es miedo a dar demasiado,
a no saber sostenerlo,
a que justo cuando aflojas los músculos,
te partan en dos y ni siquiera se queden a mirar los trozos.